

# UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA

## CURSO DE VERANO "GLOBALIZACIÓN Y COOPERACIÓN INTERNACIONAL"

Albacete, 25, 26 y 27 de junio de 2008

### Carlos Taibo. "Globalización y democracia"

(De C. Taibo, *Movimientos antiglobalización*, Catarata, Madrid, 2007).

La globalización capitalista

La palabra *globalización* inunda hoy todos los debates, de tal suerte que cada cual le atribuye el significado que más le conviene. Razones sobradas hay para concluir, de cualquier modo, que el reflatamiento del vocablo en cuestión, operado acaso a mediados del decenio de 1990, obedeció a una tramada operación que escondía aviesas e interesadísimas intenciones. En virtud de éstas se hizo lo posible para procurar un término que, adobado de rasgos razonablemente saludables, permitiese dejar de lado otros --así, *capitalismo* o, más aún, *imperialismo*-- que es lícito sostener que retrataban de manera cabal muchas de las relaciones económicas del momento. Recuérdese al respecto que un estudio realizado en 1999 por la universidad norteamericana de Maryland llegó a la conclusión de que la mayoría de los estadounidenses entendía tan generosa como ingenuamente, sin más, que la globalización era "el crecimiento interconectado del mundo". Un 61 por ciento pensaba que el gobierno norteamericano debía promover la causa de la globalización, en tanto sólo un 9 por ciento estimaba que había que poner freno al proceso correspondiente<sup>1</sup>.

La operación mencionada dejó en posición delicada a quienes nada saludable acertaban a apreciar en lo que en adelante, y de manera machacona, se dio en llamar *globalización*, un proceso marcado inexorablemente --como tendremos la oportunidad de subrayar-- por la especulación, la concentración de la riqueza, la deslocalización, la desaparición de controles políticos y colchones sociales, y, en fin, la ratificación de viejas desigualdades y exclusiones. Desde los movimientos que nos ocupan en este libro, la reacción más común, pragmática aunque no del todo convincente, estribó en acatar el término *globalización*, haciéndolo acompañar, eso sí, para recuperar

capacidad crítica, de adjetivos como *capitalista* o *neoliberal* (hay que recalcar, cuantas veces sea preciso, que los dos adjetivos que acabamos de emplear en modo alguno son sinónimos: puede rechazarse la lógica propia del neoliberalismo sin hacer otro tanto, en cambio, con la del capitalismo, como pueden rechazarse simultáneamente una y otra). Agreguemos que en algunos casos, y con muy liviano éxito, se intentó rescatar, por lo demás, la palabra *mundialización*, con la vista puesta en que permitiese identificar, con problemas visibles, una suerte de *globalización saludable* por la que nos interesaremos en el capítulo siguiente.

*Los rasgos.* De algo que hemos afirmado en el epígrafe anterior puede derivarse una conclusión equivocada: la de que el capitalismo que hoy padecemos no ha experimentado cambio alguno de relieve con respecto a sus rasgos del pasado, de tal suerte que, en consecuencia, no estaría justificado que empleásemos un término nuevo para describir su realidad presente. Aunque ya hemos señalado nuestro recelo en lo relativo a la idoneidad de la palabra *globalización*, no llevaremos tan lejos nuestra disensión como para afirmar que el capitalismo ha permanecido inmutable con el paso del tiempo.

Una rápida consideración de los cambios operados en la textura del sistema económico que nos ocupa obliga a recalcar que en la segunda mitad del siglo XX se hicieron valer circunstancias novedosas. Una de ellas lo aportó el crecimiento, espectacular, verificado en los intercambios comerciales. Recuérdense al respecto que en esos cincuenta años el comercio internacional creció doce veces mientras la producción lo hacía sólo seis. El proceso se vio acompañado, por lo demás, de un puñado de fenómenos importantes entre los que se contaron un general retroceso de las barreras aduaneras, el auge --formidable-- de los flujos especulativo-financieros y el desarrollo de técnicas que afectaron a la producción en masa, a la segmentación de los procesos productivos, a la rapidez y la eficiencia en el transporte, al control a distancia de los procesos y, en suma, al despliegue de operaciones --empleemos la expresión, acaso inadecuada, que ha acabado por imponerse-- en *tiempo real*. La consolidación de una nueva lógica económica en la que lo inmaterial y el conocimiento adquirieron relieve singular se vio probablemente acelerada por la quiebra de los sistemas de tipo soviético y por el agotamiento de los rasgos singularizadores que impregnaban al modelo chino.

El resultado fundamental de todo lo anterior fue la agudización de fenómenos preexistentes que, de resultas, pasaron a exhibir dimensiones inéditas. El primero de ellos, y a buen seguro el más importante, lo configuró el desarrollo experimentado por los flujos de cariz especulativo. Recuérdense, y el dato es escalofriante por sí solo, que en el planeta contemporáneo se mueven sesenta veces más recursos en operaciones de naturaleza estrictamente especulativa que los que corresponden a transacciones que implican una compraventa efectiva, material, de bienes o servicios. Los movimientos especulativos que se registran en una decena de días tienen hoy, en consecuencia, un valor similar al de la producción anual total de esos bienes y servicios<sup>ii</sup>. El fenómeno en cuestión se halla inexorablemente vinculado con el aprestamiento de

estrategias de lo que ha dado en llamarse *contabilidad creativa*; en ellas el ocultamiento de la información es elemento central. Ha alentado, por lo demás, el despliegue de crisis muy agudas, como las que han atezado a los *dragones asiáticos*, a Rusia, a México o a Argentina.

Un segundo fenómeno cuyo relieve se ha radicalizado con el paso del tiempo ha sido la concentración de los capitales. Los activos afectados por fusiones se multiplicaron por siete en los dos últimos decenios del siglo XX<sup>iii</sup>. de tal suerte que hoy cualquiera de las cien empresas mayores muestra un volumen de negocios superior al de las exportaciones de cualquiera de los 120 países más pobres<sup>iv</sup>. Así las cosas, parece que puede afirmarse que al calor de la globalización capitalista la riqueza en el planeta se halla cada vez más concentrada.

Una tercera novedad la ha aportado lo que ha dado en llamarse, no sin polémica, *deslocalización*. Son muchas las empresas que se han trasladado a otros escenarios geográficos, las más de las veces en busca de una mano de obra barata que explotar, de ventajas fiscales de uno u otro cariz y, en su caso, de gobiernos autoritarios que permitan garantizar la obtención del beneficio más rápido y descarnado. Importa subrayar que la deslocalización ha hecho que el número de puestos de trabajo en los países del Norte menguase sin que, como contrapartida, creciesen significativamente, en cambio, los empleos ofertados en el Sur.

La cuarta circunstancia novedosa ha sido una general desaparición de normas reguladoras, en virtud de lo que ha dado en llamarse *desregulación*: mientras las privatizaciones avanzaban, iban desapareciendo controles y trabas para los capitales en el marco de un proceso claramente alentado por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y sus planes de ajuste, por la Organización Mundial del Comercio (OMC) y por lo que efímeramente intentó ser el Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI). Una de las manifestaciones actuales de este tipo de políticas la proporciona el Acuerdo General sobre el Comercio y los Servicios, en virtud del cual, y al amparo de la OMC, en 2002 cada Estado se comprometió a proporcionar a los demás firmantes una lista de los servicios que deseaba colocar bajo las reglas del mercado mundial; en 2005 esos servicios debían someterse de manera efectiva a semejante horizonte. Piénsese que en el caso de la Unión Europea la mayoría de los sectores de la vida económica habrán de quedar sometidos a las normas mencionadas, circunstancia que puede hacer que, salvo la policía, la justicia y la emisión de moneda, todo lo demás se vea libre de cualquier tipo de control estatal y hayan de desaparecer, por ejemplo, las subvenciones y las ayudas<sup>v</sup>.

Agreguemos, en fin, que la globalización capitalista ha permitido un notabilísimo crecimiento de las redes del crimen organizado: cuando se hacen desaparecer los controles, ello beneficia, claro, a los capitales que se mueven en la legalidad, pero lo hace también a aquellos que se desenvuelven en la trastienda. A caballo de los siglos XX y XXI los ingresos anuales de los circuitos mafiosos, en claro ascenso, se elevaban a nada menos que 1,5 billones de dólares<sup>vi</sup>. Es verdad, con todo, que el nuevo escenario invita a discutir sobre la condición del proceso de fondo, y que no falta quien sugiere que remite, antes que a una consolidación de las redes del crimen organizado, a la

disolución de la trama propia de éstas en un escenario marcado por la desaparición de leyes y medidas efectivamente obstaculizadoras: sólo puede hablarse de crimen organizado cuando hay normas que determinan lo es legal y lo que no lo es.

Las cinco novedades, todas ellas --subrayémoslo una vez más-- relativas, que acabamos de reseñar conducen con facilidad a una conclusión general: la globalización capitalista acarrea una apuesta inmoderada en provecho de la gestación de un gigantesco paraíso fiscal a cuyo amparo los capitales habrán de moverse, a lo largo y ancho del planeta, sin ningún tipo de cortapisa, arrinconando a los poderes políticos tradicionales y pudiendo desentenderse, en paralelo, de cualquier consideración de cariz humano, social o medioambiental.

*¿Descentralizada e igualitaria?* Nuestro esfuerzo de caracterización de la globalización capitalista debe completarse con la identificación de dos rasgos importantes. Si el primero subraya que no nos hallamos ante un proceso descentralizado y uniforme, el segundo resalta que no parece que haya permitido un retroceso de la pobreza en el planeta.

Por lo que al primero de esos aspectos se refiere, se impone recordar que la globalización en curso se halla claramente controlada por los tres grandes núcleos del capitalismo que conocimos en la segunda mitad del siglo XX: Estados Unidos, la Unión Europea y Japón. Bastará con mencionar al respecto que, si a mediados de la década de 1990 se contabilizaban en el mundo unas 45.000 empresas transnacionales --al fin y al cabo éstas son el meollo de la globalización capitalista--, nada menos que 37.000, a buen seguro que las más importantes, se hallaban instaladas en los catorce países más desarrollados<sup>vii</sup>. Era lícito concluir, por añadidura, que la abrumadora mayoría de las 8.000 restantes, aunque formalmente emplazadas en otros escenarios, en último término estaban controladas, también, desde el Norte rico.

Anotemos un dato más, con todo, en el mismo sentido: uno de los mitos que adoban a la globalización en curso es el que afirma que ha permitido acrecentar sensiblemente los flujos de inversión dirigidos a los países más pobres. No parece que haya sido así: las inversiones generadas han beneficiado, en el mejor de los casos, a una decena de Estados --una suerte de elite relativamente privilegiada-- del Sur. Tal es el caso, por proponer algunos nombres, de Argentina --hasta 2001--, Brasil, China, la India, Indonesia, México, Tailandia o Turquía. Se antoja extremadamente ilustrativo que, en cambio, al conjunto del continente africano --padece, con certeza, los problemas de subdesarrollo más graves-- le haya correspondido un escueto 4,9 por ciento del total de esos flujos de inversión. La circunstancia que nos ocupa es tanto más gravosa cuanto que el 80 por ciento de las inversiones en cuestión se vincula con operaciones de fusión que suelen abocar, paradójicamente, en la destrucción de empresas y empleos<sup>viii</sup>.

Pero la globalización capitalista --y vamos ahora a la segunda dimensión que adelantamos-- tampoco tiene un cariz igualitario. En 2001, antes de los atentados de Nueva York y de Washington, era común que los responsables del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial (BM) aseverasen que al calor de aquélla la pobreza se había reducido en el planeta en

términos relativos, aun cuando reconociesen que sus niveles se habían incrementado, en virtud del crecimiento demográfico, en valores absolutos. Si eso era lo que se decía que ocurría antes del inicio de una etapa de relativa recesión económica, hoy la cuestión es mucho más sencilla de dirimir: la pobreza no ha reculado ni en términos absolutos ni en términos relativos. Para retratar en toda su hondura la condición del fenómeno será suficiente con traer a la memoria un puñado de datos bien conocidos: tres mil millones de personas se ven obligadas a malvivir con menos de dos euros cada día, en tanto algo más de mil millones de aquéllas deben hacerlo, en situación de pobreza extrema, con menos de un euro. Un 70 por ciento de estos pobres --de los primeros como de los segundos--- son mujeres. Ochocientos millones de seres humanos sufren problemas graves de malnutrición, saldados con el fallecimiento diario de más de 40.000 personas por efecto del hambre o de problemas afines. Las tres mayores fortunas del planeta equivalen, entre tanto, a la riqueza conjunta de los 48 países más pobres<sup>ix</sup>.

Por si todo lo anterior fuese poco, en fin, y a manera de ilustración de la incapacidad de la globalización capitalista para encarar estas cuestiones, parece fuera de discusión que las diferencias, en términos de ingresos, entre el 20 por ciento mejor emplazado y el 20 por ciento peor situado de la población mundial no han dejado de acrecentarse: si eran de 30 a 1 en 1960, se situaron en 60 a 1 en 1990, para frisar el 80 a 1 a principios del siglo XXI<sup>x</sup>, en el ámbito cronológico propio de la globalización en curso. Agreguemos, en fin, que cerca de novecientos millones de personas no se benefician de atención sanitaria, casi mil millones carecen de agua potable y más de dos mil millones no disfrutan en sus hogares de sistemas de saneamiento<sup>xi</sup>.

Las cifras invocadas son tanto más indignantes cuanto que, de un tiempo a esta parte, son los Estados más pobres los que, a través de una losa insoportable como es la de la deuda externa, financian la prosperidad de los más ricos. Piénsese que en 1997 los países del Sur hubieron de pagar 200.000 millones de dólares en concepto de deuda mientras recibían 45.000 millones en forma de ayuda oficial al desarrollo<sup>xii</sup>. Con este panorama, entre 1982 y 1998 los Estados del Tercer Mundo se vieron obligados a devolver cuatro veces más recursos de los que habían recibido con anterioridad.

No es difícil extraer una conclusión de todo lo dicho: sobran los motivos para afirmar que la globalización capitalista conduce de manera inexorable a la configuración de lo que algunos expertos han descrito como la *sociedad del 20/80*. En virtud de ésta, una quinta parte, el 20 por ciento, de la población planetaria vivirá inmersa en la opulencia mientras las cuatro quintas partes restantes se verán abocadas --parece-- a una lucha feroz para sobrevivir<sup>xiii</sup>.

*Una filosofía macabra.* El sentido de fondo de la globalización capitalista queda fidedignamente retratado de la mano de las opiniones vertidas por L. Summers, economista jefe del Banco Mundial, responsable, en 1992, de un informe de esta institución financiera dedicado a la economía del medio ambiente<sup>xiv</sup>. En la percepción de Summers está plenamente justificado trasladar al Tercer Mundo las industrias

contaminantes. Nuestro hombre aduce al respecto tres razones que merece la pena rescatar.

La primera de esas razones señala que, como quiera que los salarios son sensiblemente más bajos en el Tercer Mundo, los costes económicos generados por la contaminación, y derivados del incremento en el número de enfermedades y de muertes, serán también venturosamente inferiores en los países más pobres. El segundo argumento afirma que, al ser todavía escasa la contaminación en buena parte del Tercer Mundo, debe contaminarse allí donde menos se hizo con anterioridad. Retomemos al respecto las palabras del propio Summers: "Siempre he pensado que los países de África están demasiado poco contaminados; la calidad del aire es acaso excesiva e innecesaria, en comparación con lo que ocurre en Los Ángeles o en México D.F.". La tercera razón formulada asevera que, como quiera que los pobres son pobres, no cabe esperar que se interesen en demasía por los problemas del medio ambiente. "La preocupación por un agente que causa una posibilidad entre un millón de contraer un cáncer de próstata será mucho mayor en un país en el que la población vive lo suficiente como para contraer esa forma de cáncer que en otro en el que la mortalidad antes de los cinco años de edad es de 200 por mil", sostiene impertérrito Summers.

Las afirmaciones de nuestro autor merecieron en su momento una lógica y airada réplica por parte de una activista india, V. Shiva, quien recordó que "la lógica de los economistas valora la vida de forma diferente en el Norte rico y el Sur pobre". Por cierto que esas afirmaciones se refieren a un mundo, el de las agresiones medioambientales, cuyo derrotero parece ir a peor al calor de la globalización capitalista. Cada vez se antoja más evidente que la lógica de ésta, lejos de propiciar la resolución de los problemas correspondientes, los acrecienta, tanto más cuanto que hoy en día en menos de dos semanas se produce en el planeta lo que se generaba en todo un año un siglo atrás, con los efectos esperables en materia de agresiones contra el medio ambiente --ahí están la erosión y la acidificación de los suelos, la deforestación, la desertización y la desaparición de muchos cursos de agua-- y de progresivo agotamiento de recursos.

*Los poderes políticos reculan.* Es un secreto a voces: seríamos muy ingenuos si aceptásemos de buen grado que las personas que encabezan formalmente nuestros sistemas políticos tienen una capacidad firme de decisión en lo que atañe a las cuestiones realmente importantes. Son, antes bien, gigantescas corporaciones económico-financieras que operan en la trastienda las que dictan entre nosotros, y sin contestación, la mayoría de las reglas del juego.

Y es que la globalización capitalista ha agudizado los problemas que acosan a la democracia liberal. En el pasado ésta fue a menudo criticada por una razón que es fácil de expresar: generaba la ilusión --y al poco defraudaba las expectativas al respecto-- de que se podía reformar un orden de cosas claramente marcado por la desigualdad. Bien es verdad, sin embargo, que los pensadores que asumían semejante perspectiva, impregnada de voluntad contestataria, parecían acatar sin más la idea de que las instituciones en las que se plasmaba el poder político tenían capacidades reales de acción y de intervención. Hoy estamos obligados a recelar, también, de esta segunda

percepción, y a invocar al respecto las palabras de J. Dewey: "La democracia pierde su sentido cuando la vida de un país se ve gobernada por genuinos tiranos privados, de tal suerte que los trabajadores se hallan subordinados al control empresarial y la política se convierte en la sombra que los grandes negocios arrojan sobre la sociedad"<sup>xv</sup>. Porque, y por recurrir a un ejemplo, si en el pasado se suponía que los Estados podían imponer reglas a las empresas transnacionales, hoy son éstas, con toda evidencia, las que establecen normas de obligado cumplimiento para aquéllos. ¿Cómo puede explicarse que a los gobiernos en los Estados autodenominados democráticos se les exijan

--supongámoslo-- responsabilidades y claridad meridiana en la gestión, y en cambio no se asuman procedimientos similares en lo que se refiere al funcionamiento cotidiano de las compañías transnacionales?

En semejante escenario no dejaba de ser sorprendente que el ex presidente del Gobierno español, J.M. Aznar, se preguntase con frecuencia por la legitimidad que asistía a los movimientos antiglobalización. Aznar quería saber quién había elegido a los portavoces de éstos y a quiénes representaban. Aunque en su derecho estaba de formular tales preguntas, acaso hubiera sido preferible que, antes, se interrogase por lo más importante y que, de resultas, examinase las credenciales democráticas, y los métodos de elección, de los máximos responsables del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, o de los propietarios de las grandes empresas transnacionales. Y es que parece fuera de duda que estas últimas han accedido a una posición de enorme influencia, sin control democrático alguno, en un escenario en el que el único fermento de gobierno mundial lo aporta --permítasenos la ironía-- el llamado *grupo de los ocho* (G-8)... claramente connivente con los intereses de esas compañías.

Lo que se halla por detrás del proceso que nos ocupa no es sino un acoso a los poderes políticos tradicionales --o al menos a algunas de sus funciones de siempre--, que han experimentado una palpable reducción de sus atribuciones en el terreno económico y social. Aunque ésta se explica parcialmente en virtud de flujos muy respetables --descentralización interna, transferencia de poder a instancias supraestatales, influencia de redes como las creadas por muchas organizaciones no gubernamentales (ONG)...--, mucho le debe también a la acción de las empresas transnacionales, a las imposiciones de organismos supraestatales de cariz económico como el Fondo Monetario Internacional y al crecimiento de las redes del crimen organizado. No hay mejor ilustración, por cierto, del debilitamiento de las funciones económicas y sociales de los Estados que la que subraya los efectos, dramáticos, que al respecto ha tenido la extensión universal de las privatizaciones.

Conviene precisar, aun así, que no todas las funciones del Estado parecen llamadas a recular al calor de la globalización capitalista: mientras las de cariz económico y social se reducen, las de naturaleza represiva, en cambio, se fortalecen. Bastará con invocar una vez más, al respecto, la conocida aseveración de T. Friedman, consejero en su momento de la secretaria de Estado norteamericana, M. Albright: "La mano

invisible del mercado no funcionará nunca sin un puño invisible. McDonald's no puede extenderse sin McDonnell Douglas, el fabricante del F-15. El puño invisible que garantiza la seguridad mundial de las tecnologías del Silicon Valley es el ejército, la fuerza aérea, la fuerza naval y el cuerpo de marines de Estados Unidos"<sup>xvi</sup>.

*Una apisonadora cultural.* La globalización capitalista no sólo tiene efectos en el terreno de la política y de la economía. Sus secuelas se aprecian también, y poderosamente, en el ámbito de la cultura, a través, antes todo, de un avasallador proceso de uniformización. Muchas veces se ha recordado que hoy en día en cualquier lugar del planeta --las excepciones no faltan, pero son por desgracia poco relevantes-- se soportan los mismos anuncios publicitarios, se imponen las mismas modas, se escuchan las mismas canciones, se contemplan las mismas películas y se tiene conocimiento, en fin, de parecidas informaciones. Hay quien ha hablado al respecto de una genuina dictadura de la publicidad y de las marcas, en la que la manipulación desempeña, naturalmente, un papel decisivo.

Nadie se atreverá a negar que la expansión experimentada por los medios de comunicación ha tenido algunos efectos saludables. Ha multiplicado, así, las posibilidades de manifestación y de conocimiento de las diferentes culturas, y, de resultas, ha ampliado el horizonte de estimulantes fórmulas de hibridación. Pero lo anterior se antoja irrelevante una vez se consideran las consecuencias negativas del proceso correspondiente. La más visible de entre éstas no es otra que la imposición de las formas culturales propias de los poderosos, que ha permitido la gestación de una supuesta *cultura global* detrás de la cual se esconden las pautas culturales norteamericanas o, en el mejor de los casos, las occidentales, impregnadas siempre de espasmos etnocéntricos. La desatención que merecen las culturas propias de un sinfín de pueblos, arrasadas desde el exterior, coloca a éstas en una difícil situación que ha venido a explicar las reacciones de carácter nacionalista surgidas desde determinados aparatos estatales y, más comúnmente, desde las naciones sin Estado.

## Notas del capítulo 1

1. J. Brecher, T. Costello y B. Smith, *Come farsi un movimento globale* (DeriveApprodi, Roma, 2001), págs. 176-177.

2. R. Passet, *La ilusión neoliberal* (Debate, Madrid, 2001), pág. 123.

3. S. Amin, "¿Nueva fase del capitalismo? (o cura de rejuvenecimiento del capitalismo senil)", en M. Monereo y M. Riera (dirs.), *Porto Alegre. Otro mundo es posible* (El viejo topo, Barcelona, 2001), pág. 72.

4. I. Ramonet, "Globalización, desigualdades y resistencias", en Monereo y Riera (dirs.), *op. cit.*, pág. 93.
5. Véase A. Damasio y K. Bastien, *Une autre mondialisation en mouvement?* (Mango, s.l., 2002), págs. 76-77.
6. J.A. Scholte, *Globalization. A critical introduction* (Palgrave, Nueva York, 2000), pág. 82.
7. P. Hirst y G. Thompson, *Globalization in question* (Polity, Cambridge, 1999), pág. 68.
8. Passet, *op. cit.*, págs. 125 y 159.
9. V. Navarro, *Globalización económica, poder político y Estado del bienestar* (Ariel, Barcelona, 2000), pág. 26; PNUD, *Informe sobre desarrollo humano 2001* (Mundi-Prensa, Madrid, 2001), pág. 11; P. de Senarclens, *La mondialisation* (Armand Colin, París, 2001), pág. 99, y J. Faux y L. Mishel, "La desigualdad y la economía mundial", en A. Giddens y W. Hutton (dirs.), *En el límite. La vida en el capitalismo global* (Tusquets, Barcelona, 2001), pág. 142.
10. Passet, *op. cit.*, págs. 160-161.
  11. J. Estefanía, *Aquí no puede ocurrir* (Suma de Letras, Madrid, 2001), pág. 84; PNUD, *op. cit.*, pág. 11.
12. E. Toussaint, "Atajar la infernal espiral de la deuda", en B. Cassen y otros, *ATTAC contra la dictadura de los mercados* (Icaria, Barcelona, 2001), págs. 107-108.
13. G.Ó. Tuathail, *Critical geopolitics* (Routledge, Londres, 1996), pág. 252.
14. V. Shiva, "El mundo en el límite", en Giddens y Hutton (dirs.), *op. cit.*, págs. 164-165.
15. Cit. en N. Chomsky, *Rogue states* (Pluto, Londres, 2000), pág. 208.
16. Cit. en F. Houtart, "Las alternativas creíbles del capitalismo mundializado", en Monereo y Riera (dirs.), *op. cit.*, págs. 149-150.